



## RASGOS DE ORALIDAD EN LA LEYENDA DE LA MÁSCARA DEL VOLCÁN

Luis Fernando Aguilar Aguilar

Mtra. Griselda Citlalli Molina Vázquez

El conocimiento de los contrastes y las relaciones entre la oralidad y la escritura normalmente no genera apasionados apegos a las teorías; antes bien, fomenta la reflexión sobre diversos aspectos de la condición humana.

Walter Jackson Ong

Oralidad es, probablemente, uno de los términos poco conocidos en los estudios literarios. El *Diccionario de la lengua española*, en línea, define el término oral<sup>1</sup> mediante cuatro acepciones:

1. adj. Que se manifiesta mediante la palabra hablada. *Examen, tradición oral.*
2. adj. Perteneciente o relativo a la boca.
3. adj. Que se toma por la boca. *Vacuna oral.*
4. adj. Fon. Dicho de un sonido: Que se articula expulsando el aire exclusivamente por la boca. (Real Academia Española, 2018)

Como se observa, ninguna de las cuatro remite a un tipo de estudio aplicado a la literatura o, por lo menos, a una disciplina enfocada en la tendencia a estudiar ciertos tipos de textos en donde el autor, consciente o inconscientemente, empleo total o, al menos, de manera parcial, el habla. De ahí el interés de estas líneas:

<sup>1</sup> En la acepción del término “oralidad”, aparece “Cualidad de lo oral”, lo que provoca que adelante se indiquen las definiciones para este término y no de aquél.



mostrar el lector una acepción que tiene el objetivo de justificar algunos recursos empleados en la literatura con el fin de hacer el texto artístico verosímil.

Tras una de sus tesis centrales: “La escritura nunca puede prescindir de la oralidad” (Ong, 2016, 43), Walter J. Ong postuló la activación del término oralidad o “lengua hablada” (Ong, 2016, p. 43) para dividirlo en “oralidad primaria” y “oralidad secundaria”. El primer tipo se refiere “la oralidad de una cultura que carece de todo conocimiento de la escritura y de la impresión” (Ong, 2016, p. 47); el segundo, a la “actual cultura de alta tecnología, en la cual se mantiene una nueva oralidad mediante el teléfono, la radio, la televisión y otros aparatos electrónicos que para su existencia y funcionamiento dependen de la escritura y la impresión” (Ong, 2016, p. 47). Es decir, la oralidad primaria designa a los grupos sociales en donde sus integrantes son analfabetos; la oralidad secundaria, distingue a todos los capaces de emitir, receptionar y responder un mensaje escrito, por cualesquiera de las formas medios o canales en que puede transmitirse.

Para este autor, además, “Una cultura oral no dispone de textos” (Ong, 2016, p. 77) escritos; antes bien, debe apoyarse en recursos que les ayuden a preservar sus conocimientos y tradiciones. Desde esta perspectiva, en las culturas orales, existen, para recordar, “Otras características del pensamiento y la expresión de condición oral” (Ong, 2016, p. 77), éstas, en realidad, son características respecto del pensamiento y, sobre todo, la expresión. No son visibles de inmediato. Las particularidades, son:

1. “Acumulativas antes que subordinadas” (Ong, 2016, p. 77), esta psicodinámica refiere la acumulación de oraciones mediante la adición,





pues de ninguna manera se subordina una oración a otra. Un elemento aditivo ejemplar de esta característica es el conector “y”.

2. “Acumulativas antes que analíticas” (Ong, 2016, p. 84), porque no se hace empleo de “entidades simples sino de grupo de entidades, tales como términos, locuciones u oraciones paralelos; términos locuciones u oraciones antitéticos; o epítetos” (Ong, 2016, p. 47).
3. “Redundantes o copiosos” (Ong, 2016, p. 85), psicodinámica en donde se explicita el empleo de la repetición de lo ya mencionado con la finalidad de mantener presente, durante una larga conversación, lo que se está diciendo. Es una estrategia para no perder la atención del oyente.
4. “Conservadoras o tradicionalistas” (Ong, 2016, p. 87), para las culturas orales, todo su conocimiento debe ser repetido vez tras vez para no olvidarlo. Deslindado de lo anterior, entonces, la mente configura su actitud del mundo de forma arraigada a su cultura; no obstante, indica Ong, a veces, no permite evolucionar y experimentar el intelecto.
5. “Cerca del mundo humano vital” (Ong, 2016, p. 89), los conocimientos de los grupos sociales con oralidad primaria deben establecerse, para su recuerdo y facilidad, con base en la inmediatez. Se trata, pues, de una “asimilación” al conceptualizar la sabiduría a través de la proximidad existente en el entorno.
6. “De matices agonísticos” (Ong, 2016, p. 90), en ocasiones, la oralidad primaria, puesto que mantiene “incrustado el conocimiento en el mundo vital humano” (Ong, 2016, p. 90), propicia “lucha” entre los hablantes por defender la veracidad de la sabiduría. Además, el agón resulta de las



dualidades antitéticas en que se organiza el mundo: bien vs. mal, día vs. noche, amigo vs. enemigo, etcétera.

7. “Empáticas y participantes antes que objetivamente apartadas” (Ong, 2016, p. 93), para la cultura oral, interactuar con el medio significa ser empático e identificarse con todos. Todos implica tanto a los humanos y los otros seres o cosas habitantes del planeta. Lo anterior es consecuencia de la falta objetiva otorgada por la escritura.
8. “Homeostáticas” (Ong, 2016, p. 94), “las sociedades orales viven intensamente en un presente que guarda el equilibrio u homeóstasis dependiendo de los recuerdos que ya no tienen pertinencia actual” (Ong, 2016, p. 94). En otras palabras, el momento vivido es un punto de intersección entre situaciones pasadas que lo han creado y, sin embargo, ya no existen más. Visto así, es necesario, pues, conservar las que funcionan todavía en el presente.
9. “Situacionales antes que abstractas” (Ong, 2016, p. 98), a diferencia de las abstracciones realizadas por un letrado, el integrante de la cultura oral debe circunscribir su habla a momentos específicos para, de ahí, enunciarse. La mayoría de las veces, esto provoca que alguien externo no comprenda nada en el proceso de comunicación.

Como se observa, las características de arriba, han pasado desapercibidas (sin la advertencia de Jackson tal circunstancia no habría cambiado) durante decenios. Las nueve justifican, de manera total, algunas peculiaridades de las culturas orales vistas por las personas con oralidad secundaria como erratas hechas sin conciencia o por ignorancia. Podría justificarse, con base en lo anterior: la altanería, la pobreza



del lenguaje (en el caso de las redundancias), el respeto profundo a las tradiciones y, sobre todo, la identificación del hombre con todas las demás existencias en el mundo.

Por aparte, a saber, Carlos Lenkersdorf ha indicado: “las lenguas son diádicas” (Lenkersdorf, 2008, p. 13), porque además de estar constituidas de signos lingüísticos; en ellas, hay dos aspectos imprescindibles para la comunicación humana: “hablar y el escuchar” (Lenkersdorf, 2008, p. 13). No obstante, sugiere Carlos, en las lenguas occidentales, siempre se ha privilegiado el hablar, pero el escuchar está muy lejos de ser conocido y mucho menos atendido. No pasa lo mismo con los maya-tojolabales. Ellos, han creado una teoría sobre el escuchar, aseveran que “el escuchar no solo entiende las palabras desde la perspectiva de otra cultura, sino que exige que la entendamos con empatía, la respetemos y también la queramos” (Lenkersdorf, 2008, p. 17). Además, interesante es la concepción de esta cultura (maya-tojolabales), para quienes la existencia en el mundo sólo debe entenderse como hermandad entre toda la comunidad y seres que habitan la tierra. Incluso, refiere Carlos, para ellos es necesario escuchar a la naturaleza; de hacerlo, quizás no estaríamos en las situaciones de precariedad ambiental en que nos encontramos. Parece ser: la concepción de este párrafo es parecida a la característica “Empáticas y participantes antes que objetivamente apartadas”.

Con base en lo anterior, es prudente agregar la perspectiva de Mauricio Ostria González, proveniente de su texto “Literatura oral, oralidad ficticia”. Para este autor, las deficiencias del habla oral son únicamente vistas desde “el sistema



letrado”, pues para los no letrados, no existen. De lo anterior, se derivan dos tipos de oralidad: “la oralidad plena y absolutamente funcional perteneciente a las sociedades tradicionales de la oralidad derivada del analfabetismo provocado por las desigualdades sociales y económicas en las sociedades modernas ilustradas” (Ostria González, 2001, p. 2). En otras palabras, el primer caso corresponde a lo que Ong ha llamado oralidad primaria o culturas orales propiamente dichas; en el segundo caso refiere la circunstancia en que se encuentran las personas inmersas dentro de una cultura con oralidad secundaria que, sin embargo, no conocen la escritura.

Así, pues, las personas versadas en la escritura han mal visto, procurado poco, hasta tratar de erradicar a las culturas orales; pero han olvidado que ese afán es imposible porque la oralidad está presente hasta en los lenguajes más cultos. Incluso las muestras verbales artísticas (literatura) incorporan rasgos de la oralidad primaria para crear verosimilitud en el discurso. De tal modo, entonces, “las formas letradas exhiben procesos de hibridación con formas de oralidad” (Ostria González, 2001, p. 4). Aunque es bien sabido, continúa Mauricio, que por ningún modo es posible trasladar todas las características de la oralidad a la escritura. Al intentarlo, se hace una mutación del ritmo, gesticulaciones, representación, únicamente observables en el habla oral.

A las condiciones ya mencionadas, pueden agregarse otras características o recursos retóricos, empleados en los textos de ficción oral: uso de epítetos, fórmulas o grupos de palabras establecidas con la finalidad de expresar ideas esenciales, hacer alusión a situaciones memorables, rimas internas, consonantes,





asonantes, etc. Por igual, figuras retóricas de repetición: prosapódosis, epanalepsis, concatenación, epanadiplosis, reduplicación, anadiplosis, epífora, epímone, anáfora, complexión, estribillo, aliteración, paronomasia, similitudencia, rima, paralelismo y repetición conjuntiva.

Ahora bien, los aspectos ya señalados tratarán de ser identificados en un texto artístico, “La Leyenda de la máscara del Volcán”, recuperada por Migue Ángel Asturias en su libro Leyendas de Guatemala (1930), con el objetivo de poner a los ojos del lector elementos que podrían pasar desapercibidos de no ser por estudios del tipo que aquí expuesto:

#### Leyenda de la máscara del volcán

*Hubo en un siglo un día  
que duró muchos siglos.*

79

SEIS HOMBRES POBLARON la Tierra de los Árboles<sup>2</sup>: los tres que venían en el viento y los tres que venían en el agua<sup>3</sup>, aunque no se veían más que tres. Tres estaban escondidos en el río y sólo les veían los que venían en el viento cuando bajaban del monte a beber agua.

Seis hombres<sup>4</sup> poblaron la Tierra de los Árboles.

Los tres que venían en el viento correteaban en la libertad de las campiñas

<sup>2</sup> Para comenzar, a través de esta frase, se prepara al oyente para atender a lo que, a continuación, se enunciará.

<sup>3</sup> He aquí un difrasismo antonímico al introducir simultáneamente dos de los cuatro elementos: agua y viento.

<sup>4</sup> Al inicio de la leyenda, ya se había referido “Seis hombres”, puede considerarse esto, entonces, una de las psicodinámicas: “Redundantes o copiosos”. En realidad, funciona para tener presente lo dicho con anterioridad.





sembradas de maravillas.<sup>5</sup>

Los tres que venían en el agua se colgaban de las ramas de los árboles copiados en el río a morder las frutas o a espantar los pájaros, que eran muchos y de todos colores<sup>6</sup>.

Los tres que venían en el viento despertaban a la tierra, como los pájaros, antes que saliera el sol, y anochecido, los tres que venían en el agua se tendían como los peces en el fondo del río sobre las yerbas pálidas y elásticas, fingiendo gran fatiga; acostaban a la tierra antes que cayera el sol<sup>7</sup>.

Los tres que venían en el viento, como los pájaros, se alimentaban de frutas<sup>8</sup>.

Los tres que venían en el agua, como los peces, se alimentaban de estrellas.

Los tres que venían en el viento pasaban la noche en los bosques, bajo las hojas que las culebras perdizas removían a instantes o en lo alto de las ramas, entre ardillas, pizotes, micos, micoleones, garrobos y mapaches.

Y los tres que venían en el agua, ocultos en la flor de las pozas o en las madrigueras de lagartos que libraban batallas como sueños o anclaban a dormir como piraguas.

Y en los árboles que venían en el viento y pasaban en el agua, los tres que venían en el viento, los tres que venían en el agua, mitigaban el hambre sin

<sup>5</sup> De aquí a los cinco párrafos siguientes, se repite, al inicio de cada uno, la fórmula, “Los tres que venían” con una ligera variación, podría decirse que pertenece lo anterior a la psicodinámica “Redundantes o copiosos”; pero también puede expresarse como anáfora o repetición de una o varias palabras al inicio de cada verso; sin embargo, no es un poema.

<sup>6</sup> Como se observa, hay una identificación del ser humano con los primates, esta característica, como ya se advirtió páginas arriba, consiste en que el hombre se expresa considerando a todos los seres no humanos como si lo fueran: “Empáticas y participantes antes que objetivamente apartadas”.

<sup>7</sup> En este párrafo, las oraciones no poseen algún elemento de subordinación, sino que se enuncian una tras otra con independencia. Ong a lo anterior, da el nombre de “Acumulativas antes que subordinadas”.

<sup>8</sup> De nuevo se hace una identificación entre los animales y los humanos: “Empáticas y participantes antes que objetivamente apartadas”.







separar los frutos buenos de los malos, porque a los primeros hombres les fue dado comprender que no hay fruto malo; todos son sangre de la tierra, dulcificada o avinagrada, según el árbol que la tiene<sup>9</sup>.

—¡Nido!...

Pió Monte en un Ave.

Uno de los del viento volvió a ver y sus compañeros le llamaron Nido.

Monte en un Ave era el recuerdo de su madre y su padre, bestia color de agua llovida que mataron en el mar para ganar la tierra<sup>10</sup>, de pupilas doradas que guardaban al fondo dos crucecitas negras, olorosa a pescado femenina como dedo meñique<sup>11</sup>.

A su muerte ganaron la costa húmeda, surgiendo en el paisaje de la playa, que tenía cierta tonalidad de ensalmo: los chopos dispersos y lejanos los bosques, las montañas, el río que en el panorama del valle se iba quedando inmóvil... ¡La Tierra de los Árboles!<sup>12</sup>

Avanzaron sin dificultad por aquella naturaleza costeña fina como la luz de los diamantes, hasta la coronilla verde de los cabazos próximos y al acercarse al río la primera vez, a mitigar la sed, vieron caer tres hombres al agua.

Nido calmó a sus compañeros —extrañas plantas móviles—, que miraban sus retratos en el río sin poder hablar.

—¡Son nuestras máscaras, tras ellas se ocultan nuestras caras! ¡Son nuestros

<sup>9</sup> A través de “Cerca del mundo vital humano”, se expone la lucidez de considerar al mundo como un lugar en donde, pese a sus efectos, todo es igual.

<sup>10</sup> “Homeostáticas” puede llamarse a la alusión ésta, pues las culturas orales recuerdan situaciones del pasado para construir su presente.

<sup>11</sup> En este párrafo, se encuentra “Acumulativas antes que analíticas”, sobre todo por el empleo de los epítetos “doradas”, “olorosa” y “femenina”, pues en el uso de este recurso consiste la psicodinámica.

<sup>12</sup> Se refiere a la circunstancia como una continua repetición de ella para no olvidarla, pues constituye un suceso memorable. De tal modo, es otra “Homeostáticas”.



dobles, con ellos nos podemos disfrazar! ¡Son nuestra madre, nuestro padre, Monte en un Ave, que matamos para ganar la tierra!<sup>13</sup> ¡Nuestro nahual! [Es muy repartida entre los indios la creencia de un espíritu protector, encarnado en un animal, que puede equipararse al Ángel de la Guarda de los católicos.] ¡Nuestro natal!

La selva prologaba el mar en tierra firme. Aire líquido, hialino casi bajo las ramas, con transparencias azules en el claroscuro de la superficie y verdes de fruta en lo profundo<sup>14</sup>.

Como si se acabara de retirar el mar, se veía el agua hecha luz en cada hoja, en cada bejuco, en cada reptil, en cada flor, en cada insecto<sup>15</sup>...

La selva continuaba hacia el Volcán henchida, tupida, crecida, crepitante, con estéril fecundidad de víbora<sup>16</sup>: océano de hojas reventando en rocas o anegado en pastos, donde las huellas de los plantígrados dibujaban mariposas y leucocitos el sol.

Algo<sup>17</sup> que se quebró en las nubes sacó a los tres hombres de su deslumbramiento.

Dos montañas movían los párpados a un paso del río<sup>18</sup>:

<sup>13</sup> Aquí se reconoce un esfuerzo hecho por todos (estirpes). Así, entonces, se enuncian como seres individuales, sino como comunidad. A esto puede llamarse, según Ong "Empáticas y participantes antes que objetivamente apartadas".

<sup>14</sup> Hay una identificación entre el color verde y las frutas en estado no maduro; es decir, relacionar una abstracción con algo próximo a fin de saber, siempre la significación de la abstracción, esto es, dice Ong, "Cerca del mundo vital humano".

<sup>15</sup> Como este párrafo no es una estrofa, resta decir que constituye la repetición "cada", la realización de "Redundantes o copiosas".

<sup>16</sup> "Acumulativas antes que analíticas" se les llama a estos adjetivos o epítetos.

<sup>17</sup> No hay una aclaración al lector del "algo", así, "Situacionales antes que abstractas", es la psicodinámica empleada en este párrafo que solo los tres hombres, probablemente, conocieron ese algo.

<sup>18</sup> Como se sabe, a través de la prosopopeya se les atribuye vida humana a seres inanimados. En este sentido, las montañas, obviamente no pueden parpadear; sin embargo, para tratarlas como



La que llamaban Cabrakán, montaña capacitada para tronchar una selva entre sus brazos y levantar una ciudad sobre sus hombros, escupió saliva de fuego hasta encender la tierra<sup>19</sup>.

Y la incendió.

La que llamaban Hurakán, montaña de nubes, subió al volcán a pelar el cráter con las uñas.

El cielo repentinamente nublado, detenido el día sin sol, amilanadas las aves que escapaban por cientos de canastos, apenas se oía el grito de los tres hombres que venían en el viento, indefensos como los árboles sobre la tierra tibia<sup>20</sup>.

En las tinieblas huían los monos, quedando de su fuga el eco perdido entre las ramas. Como exhalaciones pasaban los venados. En grandes remolinos se enredaban los coches de monte, torpes, con las pupilas cenicientas.

Huían<sup>21</sup> los coyotes, desnudando los dientes en la sombra al rozarse unos con otros, ¡qué largo escalofrío...!

Huían los camaleones, cambiando de colores por el miedo; los tacuazines, las iguanas, los tepescuintles, los conejos, los murciélagos, los sapos, los cangrejos, los cutetes, las taltuzas, los pizotes, los chinchintores, cuya sombra mata.

Huían los cantiles, seguidos de las víboras de cascabel, que con las culebras silbadoras y las cuereadoras dejaban a lo largo de la cordillera la impresión salvaje de una fuga en diligencia. El silbo penetrante uníase al ruido de los

---

humanos, les atribuyen tal característica. “Empáticas y participantes antes que objetivamente apartadas”, desde la perspectiva de Walter, puede llamarse a lo anterior.

<sup>19</sup> De aquí a los tres párrafos que vienen, por la atribución de vida a cosas que no la tienen, se emplea “Empáticas y participantes antes que objetivamente apartadas”.

<sup>20</sup> “Nublado”, “sin sol”, “amilanadas”, “indefensos” y “tibios, son epítetos propios de la peculiaridad de “Acumulativas antes que analíticas”.

<sup>21</sup> “Huían” se emplea desde éste hasta los siguientes tres párrafos, sigue una enumeración para dar mayor énfasis a lo que se está diciendo. Se trata, pues, de crear, miedo en el oyente a través del discurso. Visto así, Jackson llamaría “De matices agonísticos” a lo anterior.



cascabeles y al chasquido de las cuereadoras que aquí y allá enterraban la cabeza, descargando latigazos para abrirse campo.

Huían los camaleones, huían las dantas, huían los basiliscos, que en ese tiempo mataban con la mirada; los jaguares (follajes salpicados de sol), los pumas de pelambre dócil, los lagartos, los topos, las tortugas, los ratones, los zorrillos, los armados, los puercoespines, las moscas, las hormigas...

Y a grandes saltos empezaron a huir las piedras, dando contra las ceibas, que caían como gallinas muertas y a todo correr, las aguas, llevando en las encías una gran sed blanca, perseguidas por la sangre venosa de la tierra, lava quemante que borraba las huellas de las patas de los venados, de los conejos, de los pumas, de los jaguares, de los coyotes; las huellas de los peces en el río hirviente; las huellas de la aves en el espacio que alumbraba un polvito de luz quemada, de ceniza de luz, en la visión del mar<sup>22</sup>. Cayeron en las manos de la tierra, mendiga ciega que no sabiendo que eran estrellas, por no quemarse, las apagó<sup>23</sup>.

Nido vio desaparecer a sus compañeros, arrebatados por el viento, y a sus dobles, en el agua arrebatados por el fuego, a través de maizales que caían del cielo en los relámpagos, y cuando estuvo solo vivió el Símbolo. Dice el Símbolo: Hubo en un siglo un día que duro muchos siglos<sup>24</sup>.

Un día que fue todo mediodía, un día de cristal intacto, clarísimo, sin crepúsculo ni aurora.

—Nido —le dijo el corazón—, al final de este camino...

Y no continuó porque una golondrina pasó muy cerca para oír lo que decía.

<sup>22</sup> Además de “Redundantes o copiosos” debido al empleo de “las huellas”, no se haya una relación de subordinación entre cada cláusula, pues cada una acumula a la otra, es decir, hay, también, la característica “Acumulativas antes que subordinadas”.

<sup>23</sup> De nuevo se antropomorfiza a seres sin vida, entonces, otra vez se aprecia “Empáticas y participantes antes que objetivamente apartadas”.

<sup>24</sup> Por su referencia a una situación memorable: el día eterno, se llama a esto “Conservadoras o tradicionalistas”.



Y en vano esperó después la voz de su corazón, renaciendo en cambio, a manera de otra voz en su alma, el deseo de andar hacia un país desconocido<sup>25</sup>.

Oyó que le llamaban. Al sin fin de un caminito, pintado en el paisaje como el de un pan de culebra le llamaba una voz muy honda.

Las arenas del camino, al pasar él convertíanse en alas, y era de ver cómo a sus espaldas se alzaba al cielo un listón blanco, sin dejar huella en la tierra.

Anduvo y anduvo...

Adelante, un repique circundó los espacios. Las campanas entre las nubes repetían su nombre:

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

Los árboles se poblaron de nidos. Y vio un santo, una azucena y un niño. Santo, flor, y niño la trinidad le recibía. Y oyó:

¡Nido, quiero que me levantes un templo<sup>26</sup>!

La voz se deshizo como manajo de rosas sacudidas al viento y florecieron azucenas en la mano del santo y sonrisas en la boca del niño.

Dulce regreso de aquel país lejano en medio de una nube de abalorio. El Volcán apagaba sus entrañas —en su interior había llorado a cántaros la tierra

<sup>25</sup> ¿Acaso, aparte de hablar, también necesitaba escucharse así mismo, tal y como sugiere Carlos Lenkersdorf al proponer la diacidad de las lenguas: hablar y escuchar?

<sup>26</sup> A la necesidad de los pueblos en un Dios en quien confiar (tradicción), puede conocerse como “Conservadoras o tradicionalistas”.



lágrimas recogidas en un lago, y Nido, que era joven, después de un día que duró muchos siglos<sup>27</sup>, volvió viejo<sup>28</sup>, no quedándole tiempo sino para fundar un pueblo de cien casitas alrededor de un templo.

En fin, conviene cerrar este comentario con la insistencia de un conocimiento básico no solo a los estudiosos de letras, sino también al público en general, de la teoría de la oralidad. No hay otra manera de entender, a medias, la cosmovisión las personas que desconocen la escritura sin la perspectiva sugerida por Walter J. Ong. Y sirva, pues, este breve escrito como una muestra respecto de las emergencias capaces de producirse ante la infinidad de textos basados en el habla oral.

#### Referencias

- Asturias, M. A. (1930). *Leyendas de Guatemala*. Madrid: Ediciones de Oriente.
- Lenkersdorf, C. (2008). *Aprender a escuchar*. México: Plaza y Valdés.
- Ong, W. J. (2016). *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. México: FCE.
- Ostria González, M. (2001). Literatura oral, oralidad ficticia. *Estudios filológicos*, n.º 36, pp. 71-80.
- Real Academia Española. (2018). Oral. En *Diccionario de la lengua española* (23.ª ed.). Consultado en <https://dle.rae.es/?id=R8VaC2s>

<sup>27</sup> Se repite lo anunciado por el Símbolo con el objetivo de tenerlo no olvidarlo: “Redundantes o copiosos”.

<sup>28</sup> De nuevo un difrasismo antonímico para referir las oposiciones “viejo” y “joven”.

